

DIALOGO

REVISTA DE DISCUSIÓN ENTRE MILITANTES
ÁRABES Y JUDÍOS DE PALESTINA
POR EL DERECHO AL RETORNO, POR UN SOLO ESTADO
PUBLICADO TRIMESTRALMENTE EN ÁRABE, HEBREO, FRANCÉS, INGLÉS Y ESPAÑOL

En este número...

Las masas palestinas en los territorios de 1948 contra la política de expoliación de tierras en el plan « Praver » — Un estado laico democrático en el terreno histórico de Palestina, una tierra llena de promesas — Notas sobre la lectura de la obra de Shlomo SAND: ¿Como dejé de ser judío? — Nos hace falta un movimiento basado en los derechos y dotado de una visión política — La paz es la guerra — A propósito del supuesto “fracaso” de los acuerdos de Oslo

Sumario

Introducción

» página 4

Las masas palestinas en los territorios de 1948 contra la política de expoliación de tierras y el plan « Praver » por **Wehbe Badarni**

» página 5

Un Estado laico democrático sobre el territorio histórico de Palestina – una tierra llena de promesas por **Omar Barghouti**

» página 7

Notas de lectura sobre la obra de Shlomo SAND : ¿Cómo dejé de ser judío? por **Sam Ayache**

» página 13

Necesitamos un movimiento basado en los derechos y dotado de una visión política por **Haidar Eid**

» página 17

La paz es la guerra por **Joseph Massad**

» página 18

A propósito del supuesto «fracaso» de los acuerdos de Oslo por **Francisco Lazar**

» página 26

Introducción

Este número de Dialogue retorna especialmente sobre la situación en los territorios palestinos ocupados desde 1967, veinte años después de la firma de los acuerdos de Oslo constitutivos de la Autoridad palestina y sobre el significado político de este último.

La voluntad de crear “dos estados” sobre el territorio de la Palestina histórica y la respuesta oficial, no al “conflicto”, por seguir el análisis de Joseph Massad, más a la Guerra colonial, que ha arrasado a Palestina desde hace decenios. Para los gobiernos americanos sucesivos, para la ONU y tras ellos, la Unión europea, todo esto responde a un objetivo político: imponer, cueste lo que cueste, de forma definitiva y bajo la cobertura de seudos “planes de paz” la partición de Palestina, es decir la separación física de las poblaciones que viven entre el mediterráneo y el Jordán, lo que implica la segregación territorial de los Palestinos. Como demuestran diversas contribuciones, fue para mantener esta línea que se constituyó la Autoridad palestina.

Diversos artículos de este número vuelven a tratar sobre la total colaboración de los dirigentes de la Autoridad palestina en la puesta en práctica de esta política. Es por esto por lo que nos parece necesario publicar la contribución de Haidar Eid, que plantea la cuestión del reagrupamiento político,

además de organizar la resistencia, una cuestión que hoy atraviesa ampliamente al movimiento nacional palestino incluyendo al interior del estado de Israel.

Las cuestiones que plantea incansablemente la revista Dialogue desde hace 10 años son las siguientes:

¿por qué poblaciones de diversos orígenes no pueden vivir juntas con los mismos derechos, si no es por motivos de interés políticos materiales?

Permitir la realización de un diálogo, sobre la base de los hechos y de los argumentos es una condición necesaria para cualquier avance democrático en esta región. ¿puede haber democracia sin la igualdad de derechos en la práctica? (y no igualdad “formal” en el plano jurídico) ¿Esta práctica puede realizarse al margen de un solo estado laico y democrático, en el que todos los componentes tendrían los mismo derechos? ¿puede esto entenderse sin la aplicación del derecho al retorno de los refugiados palestinos?

Estas cuestiones continúan siendo de una actualidad candente.

Invitamos a nuestros lectores a continuar esta discusión.

La redacción

Las masas palestinas en los territorios de 1948 contra la política de expoliación de las tierras y el plan “Prawer”

Por Wehbe Badarni
23 de septiembre de 2013

Las masas palestinas en los territorios de 1948 se dirigen hacia una nueva Intifada.

Manifestaciones de reivindicación y cólera se organizan en estas regiones contra la política de expoliación de las tierras y el plan “Prawer”.

El 2 de agosto de este año, cientos de jóvenes y de niños árabes de los territorios palestinos de 1948 ocupados, se reunieron en la entrada de Wadi Aara blandiendo decenas de banderas Palestinas. Levantaron una barricada en la carretera principal que une el centro con el norte de la ciudad. Expresaban su cólera contra la serie de robos y pillajes de tierras que practican las autoridades israelíes contra el derecho de los palestinos a los territorios de 1948. Se manifestaban contra el plan Prawer, plan aprobado por el gobierno israelí que pretende expulsar a decenas de miles de residentes árabes de sus tierras en la región de Neguev.

Cientos de policías fueron desplegados en estos lugares, utilizaron la fuerza para dispersar a los participantes y procedieron al arresto de una veintena de manifestantes.

Esta potente manifestación de jóvenes estaba dirigida por ellos mismos, jóvenes que han sacado las lecciones de las luchas militantes y revolucionarias de sus hermanos de Turquía y Egipto, de Marruecos y de otros países árabes. Jóvenes que están hartos de los discursos de los dirigentes políticos que explotan sus problemas para hacer su fondo de comercio.

Estas manifestaciones son la prolongación de los grandes movimientos populares de los territorios de 1948 en los que la última en fecha ha sido la huelga general del último mes decidida por las poblaciones de los territorios de 1948 para protestar contra la política racista de Israel que cuestiona sus derechos y que se ha manifestado últimamente por la aplicación del plan

Prawer por el gobierno israelí (expulsión de los árabes palestinos de Neguev en el sur del país y su desplazamiento hacia grandes complejos de viviendas, expoliando así sus tierras que les habían pertenecido a sus padres y a sus antepasados durante siglos mucho antes de la creación el Estado judío).

Esta decisión israelí nos recuerda la expulsión en masa practicada por Israel contra el derecho de los palestinos, durante el periodo de la Nakba en 1948. Los palestinos que viven en la región de Neguev desde hace varios siglos en sus tierras, sufren los peores ataques por parte de las autoridades israelíes: sus casas son destruidas, son expulsados de sus ciudades por la fuerza.

Desde hace decenas de años, los gobiernos israelíes que se han sucedido rechazan reconocer a los pueblos palestinos de Neguev. De esta forma, son 50 los pueblos de este territorio designados con el termino “ciudades no reconocidas”. El gobierno israelí rechaza atribuirles el menor de los derechos humanos más elementales, el acceso al agua, a la electricidad, a la sanidad y a las infraestructuras.

Esto que hace el gobierno israelí no es otra cosa que un programa de hostigamiento y de opresión que tiene por objetivo hacer imposible la vida de los palestinos de estos territorios con el fin de obligarles a irse lo más rápidamente posible.

Sin embargo, el movimiento de protesta en los territorios de 1948 contra el plan Prawer y los planes racistas israelíes demuestra que estas masas y estas generaciones no son las que vivieron la Nakba. Es una nueva generación de jóvenes tenaces en la lucha por arrancar sus derechos y su libertad confiscada.

La historia y el combate de los árabes palestinos de los territorios de 1948 no comienza hoy. Continúa sin interrupción desde la Nakba. Esta componente del

pueblo palestino mantiene un duro y doloroso combate para permanecer en su país. Lucharon contra el régimen militar israelí que se impuso en la región de Galilea hasta el año 1966. En 1976, la primera Intifada palestina de los árabes de los territorios de 1948 se desencadenó en los territorios de Nazaret y en Galilea para protestar contra la confiscación de las tierras de los campesinos palestinos de los pueblos árabes de Sakhnin et Der-hana. El 30 de marzo de 1976 las masas palestinas convocaron una huelga general en todos los territorios. Enfrentamientos violentos y constantes estallaron entre los habitantes de Galilea y el ejército israelí. Durante estos enfrentamientos en Galilea, seis palestinos fueron asesinados y hubo varios cientos de heridos. Cientos de manifestantes fueron objeto de una feroz campaña de represión, siendo arrestados y acosados.

Este acontecimiento revolucionario histórico del 30 de marzo de 1976 es conocido con el nombre de “Día de la Tierra”. Desde entonces, las masas palestinas conmemoran el “Día de la Tierra” en memoria de los

mártires que cayeron en defensa de sus tierras.

Las movilizaciones y acciones de masas en los territorios de 1948 que conmemoran las manifestaciones nacionales y los combates de los años pasados aportan la prueba de una realidad incontestable: las masas populares palestinas de esta región de la patria Palestina permanecen vinculadas a su identidad palestina. Rechazan la humillación y la sumisión a la máquina sionista de opresión y represión. Estas masas están dispuestas a pagar un elevado precio para arrancar su libertad, combatir por su dignidad y vivir con dignidad en la tierra de sus padres y de sus antepasados.

La amplia movilización que hoy observamos en estas regiones es la prueba de esta realidad. Esto demuestra que las masas han elegido pelear por su dignidad, por quedarse en su patria y que nada les desviará de su objetivo.

Wehbe Badarni es miembro del sindicato de trabajadores árabes de Nazaret.

Un estado laico democrático en el territorio histórico de Palestina, una tierra llena de promesas

Por Omar Barguti
21 de octubre de 2013

“Como ser cada vez más humano es una deformación humana, serlo menos conduce a los oprimidos, tarde o temprano, a luchar contra quienes les redujeron a ese estado. Para que su lucha tenga sentido, los oprimidos, cuando intentan recuperar su humanidad (lo que es un medio de crearla), no deben convertirse a su vez en opresores, sino más bien en restauradores de la humanidad de ambos, oprimidos y opresores.” [1]

Las tumultuosas revueltas populares actuales en el mundo árabe marcan el preludio de una nueva fase que podría romper los herumbrosos pero todavía formidables grilletes imperiales y neoliberales que consciente, sistemática y estructuralmente han impedido el desarrollo humano en toda la región árabe. Además de su esperado impacto emancipador en los pueblos de toda la región, este proceso de transformación radical promete impulsar la lucha por la autodeterminación y la descolonización desde el punto de vista ético (descolonización ética) en el territorio histórico de Palestina.

La descolonización no debe ser entendida como un vuelco terminante y absoluto de la colonización que nos haría retroceder a las condiciones existentes antes de la colonización y anularía todos los derechos logrados hasta el momento. En lugar de eso, la descolonización puede contemplarse como la negación de los aspectos del colonialismo que privan de sus derechos a las poblaciones indígenas colonizadas y que, de resultas de ello, deshumanizan a los propios colonizadores.

Un estado unitario, laico y democrático en el territorio histórico de Palestina (teniendo por fronteras las delimitadas bajo el Mandato británico) es la solución más justa y más coherente desde el punto de vista moral a este conflicto que dura ya un siglo, principalmente porque ofrece la mayor esperanza de reconciliar lo aparentemente irreconciliable

–los derechos inalienables del pueblo palestino indígena, especialmente el derecho a la autodeterminación, y los derechos adquiridos de los ex colonos *convertidos en indígenas* a vivir en paz y seguridad, individual y colectivamente, después de que se les hayan retirado sus privilegios de colonos–.

Dejando a un lado la moral y el derecho, Israel ha adoptado una estrategia de “*apropiación de la tierra y apartheid*”, como dijo el editor del diario israelí *Haaretz* [2], lo que va en contra de cualquier posibilidad práctica de llevar a cabo la solución de los dos estados en consonancia con una interpretación de lo más laxa de las resoluciones de la ONU que hacen al caso. Cegado por la arrogancia que le da el poder y la comodidad efímera de la impunidad que le permite Occidente bajo la dirección de los Estados Unidos, Israel, contra sus propios intereses estratégicos sionistas, no es capaz de dominar su insaciable apetito de desplazar por la fuerza y cada vez más al pueblo indígena de Palestina y de expandir el control colonial de sus tierras, lo que desvanece cualquier posibilidad real de erigir un estado palestino soberano.

Sin embargo, el hecho de que la solución de un único estado democrático sea superior desde punto de vista moral y legal, no hace necesariamente fácil su instauración. Ésta solo puede resultar, entre otros factores, de un largo y complejo proceso de lo que yo llamo “descolonización ética” o “desionización”, lo que implica dos procesos simultáneos y dialécticamente relacionados: la reflexión y la acción o praxis [3]. La descolonización ética, anclada en el derecho internacional y en los derechos humanos universales, es un proceso de profunda transformación que requiere, antes de nada, un movimiento de resistencia popular palestino complejo y basado en principios con una visión clara de la justicia y de una

sociedad democrática, que incluya a todos, con los mismos derechos para todos, también para los refugiados palestinos. Este movimiento de resistencia debe incluir a los cada vez más numerosos judíos que se oponen al colonialismo, del mismo modo que la lucha contra el apartheid en Suráfrica incluía a blancos con principios antirracistas. Debe también apoyarse en otros dos pilares previos: una región árabe democratizada y libre, que hoy resulta bastante menos quimérica, y un movimiento internacional de solidaridad que apoye los derechos de los palestinos y su lucha por acabar con todas las formas de apartheid sionista y de dominación colonial en los territorios ocupados.

Paralelamente a este proceso consistente en acabar con la injusticia y devolver a los palestinos su derechos básicos, y en tanto se desmantelan las relaciones de opresión y se eliminan los privilegios coloniales, debe fomentarse simultáneamente un genuino proceso consciente que ponga en tela de juicio la dicotomía entre la identidad del oprimido y la del opresor para construir los fundamentos conceptuales de una coexistencia ética en el futuro estado descolonizado. Sólo entonces el fin de la opresión podrá alumbrar una identidad común, posterior a la opresión, que pueda en verdad hacer la igualdad entre los palestinos indígenas y los colonos convertidos en indígenas todo lo justa, duradera y pacífica que sea posible.

Entre las vías más discutidas para resolver el problema de Palestina, la solución del estado cívico y democrático presenta el mecanismo más claro para acabar con el régimen de triple injusticia que los palestinos vienen sufriendo desde 1948, año en que el Estado de Israel fue creado como colonia de poblamiento sobre las ruinas de la sociedad palestina. El régimen de tripe injusticia lo constituyen la ocupación y colonización del territorio palestino –y otros territorios árabes– ocupados por Israel en 1967; el sistema

de discriminación racial institucionalizada y legalizada [4], o apartheid, al que están sometidos los ciudadanos palestinos de Israel so pretexto de que “no son judíos”; y la pertinaz negación de los derechos intrínsecos de los refugiados palestinos, en particular el de volver a sus hogares, derecho reconocido por la resolución 194 de la ONU. Una mayoría aplastante de la sociedad civil palestina considera [5] que eso define las condiciones mínimas para que el pueblo palestino pueda ejercer su derecho inalienable a la autodeterminación.

La solución de los dos estados no puede afrontar adecuadamente –por no decir en absoluto– la segunda ni la tercera injusticias, que son el fondo del problema de Palestina. ¿Y la idea de un estado binacional?

El binacionalismo, solución inicialmente propugnada por los intelectuales sionistas liberales [6], da por sentado que los judíos de todo el mundo forman una nación y, por consiguiente, se basa en la premisa de un derecho nacional judío en Palestina, a la par y a compatibilizar con el derecho nacional de la población indígena, esencialmente árabe. Hoy, el binacionalismo, a pesar de sus diversas variantes, todavía sigue sosteniendo ese derecho nacional de los pobladores coloniales, por muy insostenible que sea desde el punto de vista histórico y moral.

La solución de un estado binacional es inconciliable con el derecho al retorno tal y como lo estipula la resolución 194 de la Asamblea General de las Naciones Unidas, por no hablar del hecho de que, por definición, infringe los derechos inalienables de los palestinos indígenas sobre una parte de su patria, en particular el derecho a la autodeterminación. Reconocer un derecho *nacional* de los colonos judíos sobre Palestina o una parte de ella no puede sino significar que se acepta el derecho de los colonos a la autodeterminación. Además de estar en contra de la letra, el espíritu y el propósito del

principio universal de autodeterminación principalmente como medio para “*los pueblos sometidos a una dominación colonial o una ocupación extranjera*” de hacer efectivos sus derechos [7], ese reconocimiento de derechos nacionales a la comunidad colonial de pobladores puede, llevado a su extremo, conducir a reclamar la secesión, o una soberanía “nacional” judía sobre una parte de la tierra de Palestina, con menoscabo de la autodeterminación palestina.

Un Estado judío en Palestina (“un estado de la nación judía”), cualquiera que sea su configuración, es por definición excluyente; no puede sino contravenir los derechos elementales de la población indígena palestina del país y perpetuar un sistema de discriminación racial al que hay que oponerse categóricamente. También hay que rechazar con la misma energía cualquier otro régimen excluyente que prive a los ciudadanos de sus derechos basándose en su identidad, ya sea étnica, religiosa, de género, sexual, etc.

Aceptar a los modernos judíos israelíes como ciudadanos iguales y socios con plenos derechos en la instauración y desarrollo de una nueva sociedad, desembarazada de toda subyugación colonial y toda discriminación, como requiere el modelo de estado democrático, es la oferta más magnánima y racional que cualquier población indígena oprimida puede presentar a sus opresores. Sólo deponiendo sus privilegios coloniales, desmantelando sus estructuras de opresión y aceptando la restauración de los derechos de las poblaciones indígenas, sobre todo el derecho de los refugiados palestinos a regresar a su tierra y a recibir reparaciones y el derecho de todos los palestinos a una igualdad plena, podrán los colonos convertirse en indígenas e integrarse en la nueva nación y, por lo tanto, podrán tener derecho a participar en las decisiones que determinen el porvenir del estado común.

Por otra parte, una vez instaurada la justicia

y restablecidos los derechos, la población indígena debe hallarse en disposición de perdonar a los ex colonos y aceptarlos como ciudadanos iguales, que vivan normalmente —ni como amos ni como esclavos—. El proceso arriba explicado de des-dicotomización en el ámbito conceptual y de la identidad, no sólo en la realidad concreta, que debe avanzar a medida que los derechos se hagan realidad, es la garantía más importante contra la posibilidad de una hostilidad persistente o, aún peor, una inversión de los papeles entre opresores y oprimidos una vez que prevalecieron la justicia y la igualdad de derechos. La finalidad última debe ser la justicia, la igualdad y la coexistencia ética, no la venganza.

En la *Declaración por un único Estado* [8], publicada por varios intelectuales y activistas palestinos, israelíes y de otros países en 2008, se dice:

“La tierra histórica de Palestina pertenece a todos los que viven en ella y a los que fueron expulsados o exiliados de ella desde 1948, cualquiera que sea su religión, pertenencia étnica, origen nacional o actual estatuto de ciudadanía.”

Cualquier sistema de gobierno debe basarse en el principio de igualdad de derechos civiles, políticos, sociales y culturales de todos los ciudadanos. El poder deber ejercerse con rigurosa imparcialidad en nombre de todo el pueblo con la diversidad de sus distintas identidades.”

En un futuro estado democrático, las particularidades e identidades diversas deberán ser alentadas, y no solamente toleradas, por la sociedad y protegidas por la ley. Palestina fue durante siglos un fértil lugar de encuentro de diversas civilizaciones y culturas que favoreció la comunicación, el diálogo y la mezcla de culturas. Esta herencia, casi olvidada bajo la hegemonía cultural del poder colonial sionista, hay que hacerla revivir y celebrarla sin

tener en cuenta ninguna eventual asimetría de poder en el nuevo estado. También debemos tener en cuenta que la mitad de la población judía israelí, los judíos árabes mizrajíes, tienen sus raíces culturales en la cultura árabe y en otras culturas de Oriente Medio, lo que hace la futura coexistencia más verosímil.

Aunque muchos palestinos que viven en los territorios ocupados o en el exilio no pueden concebir la idea de que alguna vez puedan coexistir con los israelíes en una realidad poscolonial, debido sobre todo a las duras condiciones actuales de racismo sionista, de opresión y de expolio, la mayoría de ellos convendrá en que en el periodo anterior a la conquista sionista, cuando los judíos eran parte integrante de la sociedad, la coexistencia era algo evidente. A diferencia de lo sucedido en Europa, la historia de las civilizaciones árabe e islámica no incluye masacres o pogromos de las poblaciones judías indígenas. De hecho la cultura judía alcanzó su apogeo bajo el dominio árabe-islámico en Andalucía. Una vez establecida la justicia, la coexistencia, lejos de ser un concepto artificial, “importado”, podría enlazar con raíces profundas de nuestra propia historia.

La reconciliación moral entre las dos comunidades en conflicto es imposible si se mantiene la esencia de la relación de opresión entre ellas. Las identidades objetivamente contradictorias del opresor y del oprimido no pueden encontrar un terreno de complicidad. Mientras la opresión continúe caracterizando la relación entre ambas comunidades el resultado sólo podrá ser coerción, sumisión e injusticia. Por consiguiente, la reconciliación y la coexistencia sólo pueden resultar de la descolonización ética.

Sin embargo, es razonable suponer que los colonizadores recurrirán a todos los medios a su alcance para perpetuar sus privilegios coloniales y frustrar el cambio transformador a una situación de justicia. Algunos analistas llegan al extremo de predecir que

Israel usaría sus armas nucleares, su “Opción Sansón”, antes que aceptar el desmantelamiento de su régimen sionista de apartheid. Incluso sin llegar a predicciones tan dramáticas, cabe suponer que la comunidad de los colonos de Palestina no se limitará a atrincherarse, por así decir, contra cualquier amenaza a su orden opresor; rechazarán cualquier apariencia de democracia o supuesto respeto de los derechos humanos y perpetrarán crímenes de una atrocidad sin precedentes contra los palestinos indígenas para mantener el sistema de opresión.

Cuanto mayor sea el coste de la resistencia en vidas humanas, mayores serán las dudas, incluso entre algunos palestinos, sobre la validez de la lucha por la emancipación y la justicia. Esta consideración práctica unida a los principios éticos debe servir de guía a una resistencia eficaz al apartheid sionista y ha de sostener en todo momento la observancia de los más altos principios morales. Dan buen ejemplo de ello la resistencia y las formas de solidaridad que siguen un método basado en los derechos, como sucede con el movimiento por el Boicot, la Desinversión y las Sanciones (BDS). Además de ser lo que *per se* hay que hacer, un combate éticamente consecuente con arreglo al derecho internacional y a los principios universales de los derechos humanos animará a los judíos israelíes a unirse a la “corresistencia”, que es el camino más seguro para lograr la coexistencia ética.^[9]

Al hacer hincapié en la igualdad de los seres humanos como su principio más básico, el estado laico democrático puede acabar con las injusticias fundamentales que, como una plaga, han estragado Palestina y, a la vez, superar las dicotomías nacionales y étnicas que hoy hacen prácticamente inconcebible una coexistencia ética, basada en la igualdad, la justicia y la libertad, en una Palestina descolonizada, una tierra verdaderamente llena de promesas.

Omar Barguti es militante de los derechos humanos palestino e investigador independiente. Desde hace más de tres décadas, defiende la solución de un estado laico y democrático. Este texto forma parte de What comes Next?, un foro sobre el final del principio de los dos estados. Esta serie partió de la iniciativa del grupo Jewish Voice for Peace (Voz Judía por la Paz) y ha sido enriquecida por Mondoweiss en ocasión del vigésimo aniversario del proceso de Oslo. El artículo ha sido traducido y publicado por Diálogo con la amable autorización de Mondoweiss y de Omar Barguti.

Notas

1 Paulo Freire, *Pedagogía del oprimido*, Siglo XXI de España Editores, 1975; vid. pág. 37. [Versión inglesa: *Pedagogy of the Oppressed*, Nueva York, Continuum Books, 1993.]

2 Amos Schocken, "The necessary elimination of Israeli democracy", *Haaretz*, 25 de noviembre de 2011.

3 Paulo Freire, *ibid.*

4 En su sesión más reciente en Ciudad del Cabo, el Tribunal Russell sobre Palestina concluyó que "la dominación que ejerce de Israel sobre los palestinos, con independencia de su lugar de residencia, equivale a un único régimen de apartheid". Incluso los informes sobre los derechos humanos publicados por el Departamento de Estado de los Estados Unidos condenan "la discriminación institucional, legal y social" que Israel ejerce contra las poblaciones indígenas palestinas; véase, por ejemplo el informe de 2010:

<http://www.state.gov/g/drl/rls/hrrpt/2010/nea/154463.htm>

Adalá, una destacada organización palestina de derechos humanos con base en Haifa, enumera más de cincuenta leyes israelíes que discriminan a los ciudadanos palestinos del Estado de Israel:

<http://adalah.org/eng/Israeli-Discriminatory-Law-Database>.

5 Prácticamente toda la sociedad civil palestina hace suyos estos tres derechos básicos del histórico llamamiento al Boicot, la Desinversión y las Sanciones contra Israel, hecho público en julio de 2005.

6 Véase, por ejemplo, M. Reiner, Lord Samuel, E. Simon, M. Smilansky, Judah Leon Magnes, *Palestine, Divided or United? The Case for a Bi-National Palestine before the United Nations*, Greenwood Press, Connecticut, 1983.

7 <http://unispal.un.org/UNISPAL.NSF/0/2752C904A0F4A3E605256817007220DC>

8 <http://electronicintifada.net/v2/article9134.shtml>. [En español: <http://www.universidadnomada.net/spip.php?article220>]

9 Maath Musleh, "Co-Resistance vs. Co-Existence", *Maan News*, 14 julio de 2011.

למען זכות השיבה
של הפליטים הפלסטינים
ולמען מדינה אחת על פני שטחה
ההיסטורי של פלסטין כולה

من اجل حق عودة
اللاجئين الفلسطينيين
من اجل دولة واحدة على
اراضي فلسطين التاريخية

POUR LE DROIT AU RETOUR
DES REFUGIES PALESTINIENS
POUR UN SEUL ETAT
SUR TOUT LE TERRITOIRE HISTORIQUE
DE LA PALESTINE

Notas de lectura sobre la obra de Shlomo SAND: Cómo he dejado de ser judío

Por Sam Ayache

En primer lugar, el título de éste pequeño opúsculo de casi 140 páginas invita a sonreír y recuerda indefectiblemente la frase de Montesquieu “¿Cómo se puede ser Persa?” –opúsculo que por otra parte contiene un pasaje titulado “El espíritu de las Leyes” en referencia al propio Montesquieu. Aquí, Shlomo se da como objetivo explicar al lector cómo se puede ser judío y cómo dejar de serlo.

El autor presenta en primer lugar su propósito como la búsqueda de su propia identidad personal, que es una actitud legítima vinculada a su libertad de conciencia. Pero, evidentemente, dejar de ser judío para Shlomo Sand, resulta muy complicado pues, en tanto que ciudadano israelí, la mención de su “nacionalidad judía” está inscrita en su carta de identidad en conformidad con una decisión de la Corte Suprema del Estado de Israel que rechaza reconocer la existencia de una “nacionalidad israelí” que habría supuesto sin duda cuestionar gravemente el “carácter Judío de el Estado de Israel”.

Y como el Estado de Israel impide a sus nacionales la libre elección de su identidad, el camino de Shlomo Sand le conduce a interpelar al lector sobre la naturaleza del Estado de Israel y sobre la naturaleza del judaísmo.

Pero es preciso reconocer, que el infeliz lector debe armarse de paciencia hasta llegar al capítulo 10, para que la cuestión central sea abordada cuando Shlomo Sand acaba escribiendo lo que parecía evidente desde el principio: “En Israel, ser judío, es ante todo no ser árabe” y es disfrutar de un gran número de privilegios a los que los habitantes no-judíos del país no tienen derecho. Shlomo Sand denuncia con razón esta situación contraria a la democracia. Y afirma querer “salir del círculo exclusivo” de los privilegiados, comparando el Estado de Israel con las sociedades del apartheid y de opresión colonial: “En el Estado de Israel de comienzos del siglo XXI, ser judío ¿no corresponde a lo que era la situación de un Blanco en el sur de los Estados Unidos de los años 1950 o a la de los franceses en la Argelia anterior a 1962? El estatus de judío en Israel ¿no se parece al de los Afrikaner en la Sudáfrica anterior a 1994?”

Pero antes de abordar esta cuestión crucial, y durante los 9 capítulos precedentes, Shlomo Sand vuelve extensamente sobre cuestiones tales como el cuestionamiento de lo que el denomina “una cultura judía laica”, el judaísmo “oriental” o las víctimas del nazismo.

Dedica un capítulo, por lo menos extraño, a lo que el considera como la constitución de una “cultura israelí”. Escribe: “El sionismo ha llegado a formar un nuevo pueblo dotado de una propia y nueva lengua, diferenciada de prácticas judías ancestrales y de concepciones antinacionales a las que estas últimas se referían. Este pueblo poseía ahora una patria...”

Esta última cuestión suscita ella sola numerosos interrogantes y habría merecido ser sustentada más seriamente pero, desgraciadamente, da la impresión de que todos estos capítulos han sido escritos apresuradamente pues están repletos de manifiestos errores históricos y de aproximaciones a las que el autor no nos tenía acostumbrados hasta el momento.

Así, por ejemplo en el capítulo 5, Shlomo Sand profiere la siguiente acusación: “Los progoms y el desarraigo fueron el primer golpe asestado al pueblo yiddish que había comenzado a unificarse, en el curso del proceso de modernización de finales del siglo XIX. La segunda conmoción provino de la revolución bolchevique, que por medio de medidas administrativas ha intentado asfixiar las diversas expresiones de esta cultura particular...El sionismo, que a semejanza del bolchevismo se ha empleado en borrar la lengua y las prácticas culturales yiddish ha propinado el cuarto golpe”.

Si bien el sionismo ha despreciado el yiddish para imponer el uso del hebreo y los progoms han golpeado fuertemente al pueblo yiddish y propiciado la emigración masiva hacia Occidente de los judíos perseguidos por el régimen zarista, en cambio la acusación proferida contra la revolución bolchevique es una burda falsedad.

Contrariamente a lo que afirma Shlomo Sand, no es solo que la revolución bolchevique ha sido sentida por el pueblo yiddish como una verdadera liberación, sino que además el nuevo

poder bolchevique ha alentado y desarrollado considerablemente el aprendizaje de la lengua y la cultura yiddish.

He aquí lo que escribe Jean-Jacques Marie en su libro “El antisemitismo en Rusia” (capítulo 13): “ Durante los años 20, el poder lleva una política de yidisización, que se traduce en la apertura masiva de escuelas judías en yiddish. Así en Bielorrusia, el número de escuelas judías pasa de 106 en 1922 a 339 en 1933. En Ucrania, pasa de de 128 en el año 1923 a 475 en 1928. El número de obras publicadas en yiddish pasa de un centenar entre 1923 y 1927 a 238 solo en 1928 y alcanza la cifra record de 668 en 1933...”

¿Porqué Shlomo Sand no ha verificado sus declaraciones antes de publicarlas?

Shlomo Sand no parece tampoco dominar la cuestión de los Arabes judíos, aquellos que los sionistas denominan impropriadamente como “Judíos orientales”. En un pasaje consagrado a los Judíos marroquíes, por ejemplo, el autor afirma: “Tras la guerra de 1948 y la creación de una soberanía sionista, una gran masa de inmigrantes despojados de todo ha llegado de los países árabes y musulmanes obligados a abandonarlos. La guerra en Palestina había sido el detonante inmediato de éste éxodo”. ¿Porqué levantar esta mentira inventada por las autoridades sionistas según la cual los Judíos habían sido obligados a abandonar todos los países árabes de donde eran originarios? ¿Porqué colocar a todos los países árabes y musulmanes sobre el mismo plan? Esta amalgama, entre situaciones muy diferentes entre unos países y otros, no lleva sino a desacreditar sus palabras.

Han existido numerosas medidas de expulsión de la población judía en Egipto y en Iraq, pero en Iraq, por ejemplo, estas medidas administrativas han sido desplegadas durante más de un decenio agravadas por una serie de provocaciones orquestadas por el Mossad, entre 1950 y 1966. En Egipto, ha habido igualmente provocaciones orquestadas por el Mossad (incendio de un gran almacén judío en 1952 después del affaire Lavon en 1954-detención de un comando saboteador israelí), pero las verdaderas medidas de expulsión no han sido tomadas hasta noviembre de 1956, al día siguiente de la intervención

militar franco-británica sobre Suez.

En Tunez, es el Mossad con la complicidad del protectorado francés quien ha organizado en primer lugar la emigración de 6200 judíos tunecinos hacia Israel entre 1948 y 1949. Después de la independencia de Tunez y la toma del poder por Habib Bourguiba, el gobierno tunecino ha llevado una política resuelta de integración completa de los judíos en el seno de la nación tunecina e intentado, aunque sin gran éxito, oponerse a las intrigas del Mossad. En Marruecos, es el Mossad, una vez más, el que ha organizado la emigración masiva de Judíos marroquíes hacia Israel. En este último caso, la pareja David y Gisèle Littman ha jugado un papel nada desdeñable. Conocida por haber escrito, bajo el seudónimo de Bat Ye’or, el panfleto anti-árabe “Eurabia”, una obra que el periódico Haaretz ha calificado de “nuevo Protocolo de los Sabios de Sion”, Gisèle Littman.Orebi ha explicado públicamente que había llevado a centenares de niños marroquíes a Israel haciendo creer a sus padres que eran enviados a Suiza para ser escolarizados allí. Su “hazaña” ha sido recompensada con una medalla por el Mossad!

Shlomo Sand actúa como si no existiera el Mossad: oculta completamente el papel de esta institución fundamental del Estado de Israel y traslada a los gobiernos árabes la completa responsabilidad de la expulsión de Judíos de todos esos países.

De forma similar, en el capítulo 8 consagrado a las víctimas del nazismo, Shlomo Sand escribe esto: “Los niños judíos de Iraq y el Norte de Africa han llegado a ser considerados como parte integrante del creciente campo de las víctimas del nazismo”. También en esta ocasión, Shlomo Sand desconoce la realidad histórica.

En Argelia, los Judíos han sido realmente víctimas de medidas discriminatorias por parte del régimen de Vichy: eliminación de sus derechos civiles, expulsión de la función pública, exclusión del sistema escolar y de ciertas profesiones, etc. En cuanto a Túnez, sufrió la ocupación por la Wehrmacht durante un corto período de tiempo a partir de noviembre de 1942 y los Judíos tunecinos (así como los Judíos

italianos refugiados en Túnez) han sido víctimas directas de violentas medidas nazis (costosas multas, trabajos forzados, razzias y detenciones masivas, internamiento en campos, etc). Solo la brevedad de la ocupación (6 meses) y sobre todo la oposición intransigente del soberano tunecino Moncef Bey a todas las medidas discriminatorias decididas por las fuerzas de ocupación alemanas secundadas por el régimen de Vichy permitieron atenuar la dimensión de esas medidas.

La situación ha sido aún más dramática todavía para las decenas de miles de Judíos originarios del Norte de Africa (Argelia, Túnez, Marruecos) que residían y trabajaban en Francia. Estos, han sufrido de lleno los abusos y las deportaciones perpetradas por el nazismo. Alfred Nakache, campeón olímpico de natación y originario de Constantinopla, es la víctima norteafricana más célebre. Conocido como “el nadador de Auschwitz” por haberse bañado en el agua helada para dar ánimo y coraje a sus compañeros, Alfred Nakache sobrevivió al infierno de los campos, pero ni su mujer ni su hija regresaron. En Francia, más de una decena de estadios y de piscinas llevan el nombre de Alfred Nakache, entre ellas la piscina más grande de Toulouse, ciudad que Shlomo Sand afirma conocer bien.

Una vez más no se puede sino lamentar todos estos errores, estas omisiones, estas contraverdades históricas y estas aproximaciones que empañan la reputación de seriedad del autor.

Felizmente, como se ha dicho más arriba, Shlomo Sand termina su pequeño panfleto con consideraciones más pertinentes contra el comunitarismo y los estragos de la propaganda sionista entre la que Shlomo Sand –inapropiadamente por otra parte- califica de “Judíos laicos”. Escribe: “Digámoslo: la identidad judía laica se mantiene hasta nuestros días, sobre todo perpetuando sus relaciones con Israel y sosteniéndole incondicionalmente”. Parece loable, para quien, como Shlomo Sand, pretende situarse sobre el terreno de las libertades democráticas, el desmarcarse de esta “masa de adeptos” que se constituye en “centro de culto y adulación” de la política israelí.

Si bien el autor, admite la existencia de un

grupo de personas “que se definen como “judíos laicos” y que aisladamente o en grupo, intentan organizarse para protestar contra la política israelí de segregación y de ocupación”, opina sin embargo que ese camino está condenado al fracaso: se trata, escribe, de “una actitud temporal de poco peso y sin porvenir político”.

¿Cuál es el futuro político según Shlomo Sand?

Escribe: “He sido parte del producto cultural, lingüístico e incluso mental del proyecto sionista y no me puedo librar de ello. Por mi vida cotidiana y por mi cultura de base, yo soy un israelí”. Shlomo Sand quisiera no obstante “hacer compatibles las leyes constitucionales de Israel con los principios democráticos”. Aún más lejos, en un pasaje titulado “¿Utopía?” precisa su acercamiento político a la creación de una confederación de dos repúblicas: “Reconozco que mi sueño del fin de la ocupación y de la creación de una confederación de las dos repúblicas, israelí y palestina, había subestimado la relación de fuerzas entre las dos partes”.

Pero es esta solución en definitiva “de dos repúblicas” lo que es irrealista, “de poco peso y sin futuro político” pues elude la siguiente cuestión que es la que está en el origen de todo el conflicto de Palestina: ¿por qué serían necesarios dos Estados, dos repúblicas confederadas sobre el territorio de Palestina?

La respuesta es simple: porque en 1947, la Asamblea General de la ONU ha ratificado y legitimado la partición del territorio de Palestina en dos Estados, uno perteneciendo a los Judíos y el otro a los Arabes. Es esta partición la que ha fundado el Estado de Israel como Estado atribuido a los Judíos.

En ningún momento Shlomo Sand aborda la cuestión de la partición de Palestina, así como oculta la cuestión del Derecho de Retorno de los refugiados palestinos al territorio de Palestina.

Reivindicar el Derecho de Retorno para los refugiados palestinos, es poner en entredicho la existencia de “fronteras” que dividen la Palestina histórica, es pues negarse a cuestionar la partición del país en dos Estados, uno Judío y otro Árabe, a pesar de que Shlomo Sand

reivindique el fin de la ocupación israelí, eso sí, únicamente en el cuadro de la vuelta a las fronteras de 1948.

¿Cómo podría llegar a ser el Estado de Israel una república laica sin que sea cuestionada la legitimidad de la partición de Palestina y la legitimidad de las fronteras de este Estado?

Este es el fondo de la cuestión.

*Shlomo SAND: Cómo he dejado de ser Judío,
Ediciones Flammarion Colección
Café Voltaire - Paris 2013*

Necesitamos un movimiento basado en los derechos y dotado de una visión política

Por Haidar Eid
17 de octubre de 2013

A pesar del repicar de campanas de muerte que suenan sobre la solución de los dos estados, nadie se atreve a decirlo, ya que la alternativa es una continuación de la ocupación de la colonización y del apartheid. Incluso si yo estuviese completamente de acuerdo con la posición que tienen los defensores del enfoque basado en los derechos, sigo pensando que hay una urgente necesidad de una visión política que ayudaría a hacer brillar una luz de esperanza para estos millones de personas que viven entre el Jordán y el Mediterráneo y sus más de 5 millones de refugiados palestinos esparcidos por todo el mundo.

Por supuesto que comprendo el enfoque basado en los derechos, pero tengo la tendencia a defender que el derecho a la autodeterminación no debe conllevar una solución racista, es decir dos estados incluyendo un estado judío, ya que este no tiene en cuenta los derechos de dos tercios de la población palestina.- los ciudadanos palestinos de Israel ciudadanos de segunda zona y los refugiados. Además si sacamos debidamente las lecciones del movimiento antiapartheid, veremos que podemos reconocer que en este movimiento había una visión precisa: una persona un voto, la igualdad y el fin del apartheid. Este marco finalmente desembocó en un estado democrático y laico sobre la tierra del África del sur que según la carta de la Libertad, pertenece a todos los sudafricanos. Si comprendemos esto nos daremos cuenta que es preciso que tratemos este cuadro político en el cual debe trabajar el movimiento basado en los derechos. El UDF (Frente Único Democrático) de Sudáfrica representaba a un amplio movimiento en el seno del cual todas las organizaciones antiapartheid combatían contra el apartheid: poseía una visión que hacía aparecer muy claramente que quería un estado laico y democrático pero que no podía alcanzarse más que poniendo fin al apartheid, a los bantustanes y al racismo étnico.

El África del Sur dominada por los blancos, era un estado reservado a los blancos, dirigido por ellos y para ellos, un estado exclusivamente étnico. Por su naturaleza racista excluye la coexistencia. Israel es un estado étnico-religioso que tiene muchas similitudes con lo que era África del sur bajo el apartheid. La diferencia reside en el hecho de que Israel ha conseguido llegar a ser “aun peor” que África del sur. Lo que asombra es constatar que los que estaban por el fin del apartheid no vean una contradicción inherente a su apoyo a un estado palestino étnico que no concede el derecho a la autodeterminación para todos los palestinos a menos que sea que estén por este derecho únicamente para los que habitan en Cisjordania y en la Franja de Gaza. Pero entonces ¿eran partidarios del “derecho” a la “independencia” de los cuatro tristemente célebres bantustanes, Transkei, Venda, Bophuthatswana y Ciskei?

No logro comprender la lógica que lleva a apoyar un imposible “estado independiente” sobre una minúscula porción de Palestina, pretendiendo al mismo tiempo que esto no se puede hacer en detrimento de los derechos elementales de los 6 millones de refugiados para los que el derecho al retorno está garantizado por el derecho internacional, y de los 1,2 millones de palestinos que deben sufrir las leyes discriminatorias en Israel. Estoy firmemente convencido de que la solución de los dos estados es una solución racista por excelencia.

Debemos dejar atrás este debate sobre la solución de uno o dos estados y tratar de conseguir lo que constituye un enfoque más preciso – el combate basado en los derechos, asociado a una visión política clara y neta. En un momento u otro, el movimiento BDS (Boicot, Desinversión y Sanciones) se verá obligado a tomar esta posición.

Este texto también forma parte de “¿What comes next?” y se publica en Diálogo con autorización de los editores y de Haidar Eid.

La paz es la guerra

Por Joseph Massad

PRIMERA PARTE

El colonialismo de implantación de Israel y los palestinos

El sionismo, desde que comenzó a llevar adelante su proyecto de colonización, ha dicho una y otra vez que pretendía colonizar Palestina de forma “pacífica”. Su colonización del país no perjudicaría a la población indígena, sino que le sería beneficiosa.

El propio fundador del movimiento, Theodor Herzl, trazaba dos perspectivas de futuro: una ficticia perspectiva pública, en la que Palestina se convertiría en un Estado Judío que permitiría la coexistencia con los árabes indígenas, los cuales se mostrarían felices y agradecidos de ser colonizados y civilizados por los judíos de Europa, y una estrategia secreta, sobre el terreno, encaminada a expulsar a la población árabe del país, formulada en sus Diarios. El doble juego de Herzl, profesando intenciones pacíficas de cara a la opinión pública y utilizándolas como excusa para disimular la estrategia de conquista violenta de las tierras de los palestinos, sigue siendo hoy la base de la política israelí.

Desencadenar la guerra para lograr la paz

De hecho, mucho antes de que George Orwell popularizara la expresión “La guerra es la paz”, en su novela 1984, el sionismo entendía perfectamente que su estrategia de colonización dependía de una confusión voluntaria y persistente de la pareja de vocablos “guerra” y “paz”, a fin de que cada una de ellas disimulase a la otra obedeciendo a una sola y única estrategia. La “paz” será siempre la denominación de uso público de una guerra colonial, y la “guerra”, una vez que se ha hecho necesaria y pública bajo la forma de invasión, se formularía como el medio principal para lograr la ansiada “paz”.

Desencadenar la guerra como si de paz se tratase es un concepto hasta tal punto central en la propaganda sionista e israelí que la invasión de Líbano por Israel en 1982, que causó 20 000 muertos civiles, fue llamada “Operación Paz en Galilea”. La guerra y la paz son pues un mismo y único medio cuyo único objetivo estratégico final es la colonización de Palestina por los judíos de Europa, y la sumisión y expulsión de la población indígena de Palestina.

A fin de llevar adelante la expulsión de los palestinos y el establecimiento de la colonia de implantación judía, Herzl intentó lograr el patrocinio de las potencias que controlaban el destino de Palestina. Mientras que sus continuos esfuerzos por seducir a los otomanos y convencerles de que le dieran carta blanca fracasaron, la dirección sionista que le sucedió adoptó su estrategia y logró obtener el patrocinio de Gran Bretaña que se convirtió en dueña de Palestina tras la Primera Guerra Mundial, así como de los clientes hachemitas de Gran Bretaña, a quienes los británicos encargaron gobernar Iraq y Transjordania.

Los mismos británicos, en su vergonzosa declaración Balfour, se comprometían a que la colonización de Palestina por los judíos de Europa se desarrollase pacíficamente bajo su patrocinio de tal modo que “nada se haga que perjudique los derechos cívicos y religiosos de las comunidades no judías existentes en Palestina”. Tras la Segunda Guerra Mundial, los sionistas lograron obtener el apoyo de Estados Unidos para su proyecto colonizador.

El apoyo de Estados Unidos

El dirigente sionista Vladimir Jabotinsky, continuó con la estrategia de Herzl consistente en lograr el patrocinio de las principales potencias mundiales. Formuló la posición sionista así:

“O la colonización sionista debe pararse, o debe continuar sin tener en cuenta a la población indígena. Lo que significa que sólo puede continuar y desarrollarse bajo la protección de una potencia que sea independiente de la población indígena – detrás de un muro de hierro que la población indígena no pueda traspasar. Tal es nuestra política respecto de los árabes. No es la que debería ser, pero lo es en los hechos, lo reconozcamos o no. De otro modo, ¿qué necesidad tendríamos de la Declaración Balfour o del Mandato? Su valor reside en el hecho de que es una potencia exterior la que ha decidido crear en el país unas condiciones de gobierno y de seguridad tales, que si la población indígena quisiera impedir nuestra obra, le resultaría imposible.”

Sin embargo, nada de esto significaba que los sionistas abandonasen sus alegatos públicos en el sentido de que su colonización “pacífica” no perjudicaría a los palestinos, al mismo tiempo que empleaban los medios más violentos para echarlos de sus tierras. De hecho, fue este compromiso público de “paz” con los palestinos, cuyas tierras intentaban conquistar, lo que provocó la cólera de Jabotinsky. Pretender, como hacían los dirigentes sionistas, que era posible sobornar a los palestinos, que podía comprarse y que aceptarían la dominación de los judíos a cambio de beneficios económicos simbólicos, fue negado por Jabotinsky punto por punto. En 1923 declaraba:

“Nuestros pacifistas intentaban convencernos de que los árabes son o imbéciles a los que se puede engañar ocultándoles nuestro verdadero objetivo, o corruptos a los que se puede sobornar y convencer de que nos cedan su derecho de prioridad sobre el suelo de Palestina a cambio de ventajas económicas y culturales. Me indigna este concepto de los árabes palestinos. Culturalmente, tienen quinientos

años de retraso respecto de nosotros y no tienen nuestra perseverancia ni nuestra determinación, pero son tan buenos psicólogos como nosotros. Por supuesto, podemos decirles lo que queramos y garantizarles la inocencia de nuestros objetivos, atemperándolos y adornándolos con buenas palabras para hacerlos aceptables, pero ellos saben lo que queremos igual que nosotros sabemos lo que no quieren. Sienten exactamente el mismo apego apasionado a la tierra de Palestina que el que sentían los antiguos aztecas por el antiguo México y los siux por sus vastas praderas.”

Los escollos del racismo ciego

Jabotinsky consideraba que el racismo de los dirigentes sionistas les volvía ciegos ante los escollos que comportaba su estrategia. Comprendiendo que ninguna cantidad de dinero, ni de buenas palabras han convencido jamás a un pueblo de ceder su tierra a conquistadores extranjeros, tenía la convicción de que había que infligir una derrota militar a los palestinos y que ésa era la condición sine qua non para que aceptasen el proyecto sionista de raptar su país. A este respecto, añadía:

“Es pueril imaginar, como lo hacen nuestros arabófilos, que los palestinos vayan a consentir de buen grado a la realización del sionismo a cambio del confort moral y material que los colonos judíos aporten. En el fondo, esta noción se basa en un fuerte desprecio del pueblo árabe; lo que significa que desprecian la raza árabe a la que consideran como una masa corrupta que se puede comprar y vender y que está dispuesta a ceder su patria por una buena red ferroviaria. Creer esto carece por completo de justificación. Es posible que, individualmente, pueda encontrarse árabes que acepten sobornos. Pero eso no significa que el conjunto del pueblo árabe de Palestina vaya a vender ese apasionado patriotismo que tan celosamente guarda y

que ni siquiera los papúes venderían jamás.. Toda población indígena en el mundo resiste a los colonizadores mientras mantiene la menor esperanza de ser capaz de librarse del peligro de la colonización.”

Hablar de paz y hacer la guerra

Así pues, para Jabotinsky el modo correcto y adecuado de obtener el consentimiento de los palestinos consiste en hacer desaparecer cualquier posibilidad que pudieran tener de acabar con el proceso de colonización de su país, o de revertirlo una vez completado. Lo que se conseguirá asegurando, en primer lugar, un patrocinador imperial para el establecimiento de colonos judíos y creando después lo que llamaba un “muro de hierro” defendido por un ejército sionista y que los palestinos no puedan traspasar. Solamente entonces, pronosticaba, estarían los palestinos dispuestos a aceptar un acuerdo pacífico con sus conquistadores coloniales.

“Esto no significa que no pueda haber acuerdo con los árabes palestinos. Lo que no es posible es un acuerdo voluntario. Mientras que los árabes tengan la impresión de que hay la menor esperanza de librarse de nosotros, se negarán a abandonar esa esperanza, ni a cambio de buenas palabras ni de cosas materiales, ya que no son un populacho, sino un pueblo vivo. Y un pueblo vivo cederá en algo que tiene un carácter tan vital sólo cuando no haya ninguna esperanza de librarse de nosotros y cuando no puedan traspasar el muro de hierro. Antes de eso, no soltarán a sus dirigentes extremistas que no tienen más que una consigna: ‘Jamás’. Y serán grupos moderados los que tomen la dirección y vengán a nosotros proponiéndonos que ambos bandos se pongan de acuerdo en algunas concesiones mutuas. En ese momento, quizás podamos esperar que acepten discutir honestamente cuestiones prácticas como las garantías de que no haya expulsiones de árabes o las cuestiones de igualdad de derechos para

los ciudadanos árabes o la integridad de la nación árabe. Y cuando esto suceda, estoy convencido de que encontraremos judíos para darles satisfacción sobre estas garantías a fin de que ambos pueblos puedan vivir juntos en paz, como buenos vecinos.”

Estas ideas de Jabotinsky guiarían todas las tendencias del movimiento sionista después de él, entre las cuales, y no de las menores, el sionismo laborista dominante bajo la dirección de David Ben-Gurión.

Igual que lo hacía en público Herzl, Ben-Gurión preconizaba la paz con los palestinos y pretendía que los intereses de colonos e indígenas no eran contradictorios, al mismo tiempo que desarrollaba una estrategia de plan de guerra contra los palestinos en sus reuniones con dirigentes sionistas. Sin embargo, su hilo conductor era la lógica de los argumentos de Jabotinsky.

En 1936, en el momento de la gran revuelta de los palestinos contra la colonización sionista y la ocupación británica, Ben-Gurión declaraba:

“Si necesitamos un acuerdo no es para que impere la paz. La paz es vital para nosotros. Es imposible construir un país en un estado de guerra permanente, pero, para nosotros, la paz es un medio. Nuestro objetivo es la realización plena y entera del sionismo. Si necesitamos un acuerdo es sólo para eso.”

Como Jabotinsky, Ben-Gurión comprendía que un acuerdo de paz “general” con los palestinos era inconcebible en los años 1930, cuando los colonos judíos seguían siendo una minoría armada belicosa en las tierras de los palestinos. Y concluía:

“Sólo cuando los árabes hayan perdido toda esperanza, lo que derivará no solamente de su fracaso en todas sus tentativas de rebelarse y desviarnos de nuestro objetivo, sino también de nuestro crecimiento en el país, será posible que acepten una Tierra de

Israel judía.”

La capitulación un estado tras otro

Detallando la idea de que la paz es la guerra, Ben-Gurión explicaba claramente a sus amigos sionistas que cualquier acuerdo de paz con un partido árabe debía formularse de modo que se formalizase la aceptación de la colonización sionista.

He aquí lo que declaraba en 1949, tras el triunfo militar de los sionistas y la instalación de los asentamientos:

“Egipto es un gran Estado. Si lográsemos establecer la paz con ese Estado, supondría una enorme conquista para nosotros”. El investigador israelí Avi Shlaïm ha aportado mucha documentación en apoyo de esto en su libro *The Iron Wall*.

Esta “conquista” tendría que esperar 30 años, pero cuando se materializó gracias a los acuerdos de Camp David con Anuar El Sadat en 1978, formalizó el reconocimiento por parte de Egipto de la legitimidad de la implantación/colonización judía, la negación de la soberanía y de los derechos de los palestinos excepto bajo una forma de plan de “autonomía” aplazado, y la aceptación por Egipto de que jamás restablecería su soberanía sobre la península del Sinaí, cuyo control le devolvería Israel de manera parcial.

La “conquista” de Egipto de la que hablaba Ben-Gurión en 1949 se completó en Camp David. Por entonces, los palestinos representados por la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) aún no habían llegado al punto de aceptar formalmente que la colonización de su país era irreversible y seguían trabajando por su liberación del colonialismo de los judíos de Europa.

Como la idea de la paz como medio para instaurar más conquistas coloniales seguía siendo la máxima de los sionistas, iba a

seguir en forma de guerra incluso después de Camp David como lo atestiguan las múltiples invasiones de Líbano en los años 1970, 80, 90 y en el nuevo siglo. Esas guerras se desencadenarían de manera explícita como parte integrante de la búsqueda de la “paz” por Israel para lograr sus objetivos colonizadores.

Cuando Estados Unidos reunió la “Conferencia de Paz” en Madrid en 1991, a la que invitaron a Israel y a todos los protagonistas árabes excepto a la OLP, no se trataba tanto de una nueva etapa en la estrategia de Israel, sino que era la formalización de su nuevo enfoque desde 1977, a saber, que Israel establecía acuerdos de “paz” con dirigentes árabes y palestinos que, retomando las palabras de Jabotinsky, habían “perdido toda esperanza”, aceptaban completamente el colonialismo judío y prometían no sólo no resistir a Israel sino ayudarle en la guerra contra esos árabes y esos palestinos que seguían resistiendo a la lógica colonialista del sionismo.

Segunda parte

Tras los Acuerdos de Oslo

Los Acuerdos de Oslo

Tras la guerra de 1973, Estados Unidos puso en marcha una primera versión de lo que se llama el “proceso de paz”, una versión que seguía punto por punto el modelo establecido por Vladimir Jabotinsky. Representaba a Estados Unidos su secretario de Estado, Henry Kissinger. El proyecto de Henry Kissinger, que en unos años conduciría a la capitulación de Egipto en Camp David, consistía en hacer incluir a la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) en las conversaciones de “paz”, lo que significaba que se invitaría a la organización después de que Egipto, Jordania y Siria hubiesen

reconocido y aceptado que el proceso de la colonización judía era irreversible. Kissinger declaraba: “Ante todo, hay que ponerlos (a la OLP) bajo control e incluirlos sólo al final del proceso.”

Ya en los años 1970, la OLP estaba dispuesta a ceder un buen número de derechos palestinos pero no estaba dispuesta aún a resignarse totalmente al hecho de que la colonización judía fuera irreversible. Reconociéndolo, Kissinger añadía: “(Actualmente) no podemos acceder a las exigencias mínimas de la OLP, de modo que ¿para qué discutir con ello?”

Kissinger explicaba que “La legitimación llegará al final, una vez que los gobiernos árabes estén satisfechos”. Mientras que en los años 1970, Estados Unidos no podía ceder a las exigencias mínimas de la OLP, Israel podría en los años 1990.

En ese contexto la OLP aceptó, hace 20 años, ceder en todo a Israel, y aceptó que colonizase Palestina en lo que se ha llamado los Acuerdos de Oslo. El abandono de la lucha contra el colonialismo se formalizaría en un primer momento con la disolución oficiosa de las Organización para la Liberación de Palestina, y sobre todo con la desaparición de la palabra “liberación” de su nombre y su reaparición como Autoridad Nacional Palestina (AP), autoridad que ya no buscaba liberar nada, y menos aún oponerse al colonialismo. En lugar de eso, la AP ofrecería sus servicios a Israel colaborando con sus fuerzas armadas para reprimir toda resistencia palestina a la colonización judía, pidiendo a cambio a Israel que le garantizase unos pocos privilegios que pudieran mantenerla en el poder.

Sin embargo, la AP se mostró dispuesta a colaborar con Israel más allá de lo que el propio Jabotinsky creyó posible. Jabotinsky partía del principio de que, una vez que se hubiesen resignado a su derrota,

esos dirigentes palestinos que exigían la liberación total serían reemplazados y serían “los grupos más moderados los que vendrían a nosotros con propuestas que podríamos suscribir haciendo concesiones recíprocas. Más adelante podríamos discutir con ellos sin rodeos sobre cuestiones prácticas, como las garantías contra el desplazamiento de las poblaciones árabes o la igualdad de derechos para los ciudadanos árabes o incluso la integridad nacional árabe.”

La liquidación

Como todo el mundo sabe hoy, la Autoridad Palestina (AP) nunca ha hecho esas demandas. Ha abandonado por completo a los ciudadanos palestinos de Israel – ni siquiera se los mencionó en Oslo- y, de hecho, se ha implicado a fondo en el desplazamiento de los palestinos en Cisjordania para permitir la construcción de asentamientos bajo la égida de sus propios hombres de negocios palestinos (como en la urbanización Rawabi), permitiendo que los israelíes expulsen a los palestinos de sus tierras, lo que sigue sucediendo en el momento en que escribimos, en el valle del Jordán.

En cuanto a la “integridad nacional” árabe, la AP no tiene la menor pretensión de lograrla, y aún menos de exigir a Israel que la garantice. Respecto de la cesión de Palestina, Jabotinsky se mostraba pesimista cuando decía: “No podemos ofrecer a los árabes palestinos ninguna compensación correcta a cambio de Palestina. Por consiguiente hay un gran riesgo de no poder llegar a un acuerdo voluntario. De modo que los que consideran tal acuerdo una condición sine qua non para el sionismo harían bien en decir ‘no’ y retirarse del sionismo.”

Pero, contrariamente a lo que el pesimismo de Jabotinsky vaticinaba, en virtud de los Acuerdos de Oslo, se ofreció a la AP y ésta aceptó una considerable suma a cambio de

Palestina. El montante asciende hoy a 23 000 millones de dólares, y aún quedan otras cantidades por pagar.

Como yo decía en el momento de la firma del tratado de Oslo, la fórmula utilizada por Israel, a saber, “tierra a cambio de paz”, que la OLP aceptó, falsea todo el proceso al dar por hecho que Israel dispone de “tierras” que estaría dispuesta a dar a los “árabes” y que los “árabes”, a los que se considera responsables del estado de guerra con Israel, podrían conceder a Israel la paz a la que ese país aspira desde hace decenios.

De hecho, esta fórmula refleja el punto de vista racial que se aplica a los israelíes judíos procedentes de Europa y a los palestinos y otros árabes. Mientras que se pide a los israelíes que negocien sobre cuestiones de propiedad, derecho burgués occidental por excelencia, y se les presenta como absolutamente dispuestos a hacerlo, se pide a los palestinos y a otros árabes que renuncien a la violencia –o más exactamente a “sus” medios violentos-, derecho ilegítimo, no reconocido y sólo atribuible a bárbaros sin civilizar.

Yo explicaba entonces que los Acuerdos de Oslo se resumían en esto:

“Israel va a seguir controlando la tierra, el agua, las fronteras, la economía, los asentamientos judíos, en una palabra, todo lo que quiere controlar, sin resistencia por parte de los palestinos, y se verá liberada de la necesaria represión de esa resistencia que podría provocar la muerte de algunos jóvenes judíos durante las operaciones de represión. La OLP se ha comprometido a prohibir esa resistencia. Ahora serán los jóvenes palestinos... los que maten a los jóvenes palestinos, a quienes se habrían visto obligados a matar los jóvenes israelíes poniéndose en peligro en el curso de las operaciones. Mientras tanto, los israelíes recordarán al mundo que sus anteriores

campañas mortíferas contra los palestinos debían de estar justificadas, como lo están ahora cuando los propios palestinos reconocen la necesidad de controlar a una población brutal y recalcitrante.”

En la misma línea que Jabotinsky y Ben-Gurión, el ministro de Asuntos Exteriores de Israel de la época (y su actual presidente) Simón Peres, reconocía que, cuando Israel acabó por reconocer a la OLP como representante de los palestinos, lo hizo porque la OLP ya no pretendía hacer retroceder la colonización judía. Con toda razón, declaró: “No somos nosotros los que hemos cambiado, sino ellos (la OLP)”

Desde los Acuerdos de Oslo, el conjunto de la colonización de Cisjordania y de Jerusalén Este se ha duplicado, pero si no tenemos en cuenta a Jerusalén Este, que fue anexionada oficialmente a Israel en 1980, la colonización de Cisjordania se ha triplicado desde Oslo. Lo que se ha desarrollado “en paz”, bajo la égida de Oslo. Todas las tentativas de los palestinos por impedirlo, ya sea durante la segunda Intifada o mediante los éxitos electorales de Hamás y las acciones cotidianas de resistencia contra los soldados israelíes, han sido reprimidas por Israel y la Autoridad Palestina (AP). En lo que respecta a Hamás, la represión que padece podría intensificarse seriamente gracias a la colaboración con el régimen de Mubarak en Egipto y, más recientemente, con el régimen del general Abdel Fattah el-Sissi surgido del golpe de estado.

Gracias a esta estrategia “la paz es la guerra”, Israel intenta también modificar las palabras que se emplean para describir su programa colonialista, pretendiendo a cualquier precio que los palestinos utilicen su propia terminología, la que los medios de comunicación norteamericanos y europeos utilizan para ocultar el colonialismo sionista.

¿Qué contiene una palabra?

En la historia de las guerras coloniales y de la resistencia al colonialismo, sobre todo en el contexto de colonias de repoblación, las luchas de los indígenas contra los colonos europeos siempre se han calificado de luchas de “liberación”. Esos ejemplos incluyen la lucha de liberación de los argelinos contra el colonialismo y los colonos franceses, la lucha del pueblo de Zimbabue contra el colonialismo y los colonos británicos y la lucha anti-apartheid por la liberación de Sudáfrica contra los privilegios raciales de los colonos blancos.

En ninguno de esos casos se designa la lucha por la liberación del colonialismo, ni en un primer ni en un segundo tiempo, como un “conflicto”. De hecho, nunca ha existido un término técnico como “conflicto” franco-argelino, o “conflicto” entre los blancos y los negros de Rodesia o de Sudáfrica, ni siquiera para los propios colonos. Ni los colonos ni los que luchaban contra ellos tenían hablar de su lucha en términos, respectivamente, de lucha por los privilegios coloniales, de supremacía de su raza o por liberarse del racismo y del colonialismo. Esta terminología se aplicaría también al colonialismo de implantación en Palestina y a la resistencia palestina.

El proyecto de colonización de Palestina por los judíos europeos que comenzó en los años 1880 y que ha continuado sin perder fuerza desde entonces, sigue siendo el rasgo más espectacular del enfrentamiento entre los palestinos y el sionismo, siendo el secreto mejor conocido por todos. Es cierto que hablar de Israel como de una “colonia de implantación judía” en Palestina, en la Europa pro-israelí y en los Estados Unidos (lo que corresponde a lo que palestinos y árabes han dicho siempre) es un tabú absoluto, y da lugar a una condena universal en los raros casos en los que ese tabú se rompe. De hecho, no sólo la colonización de Palestina por los judíos de Europa ha sido rebautizada

como “conflicto” palestino-israelí, sino que el sionismo quiere a cualquier precio que los palestinos y los árabes adopten esta terminología y la conviertan en condición previa para la apertura de cualquier “diálogo”, y más aún para aceptarlos como socios en ese “diálogo” y a fortiori, en unas negociaciones de “paz”.

La renuncia a la “liberación”

El sionismo comprende que vive en un mundo en el que el colonialismo y sobre todo las colonias de implantación ya no están abiertamente de moda, ese cambio de vocablo es central en sus operaciones de propaganda encaminadas a camuflar la realidad. Los palestinos siempre han entendido la estrategia utilizada por los israelíes y se han mantenido firmes en la utilización de las palabras en las que se refieren a la liberación. La organización palestina que representaba a la resistencia palestina hasta 1993, se llamaba la Organización para la Liberación de Palestina. Los grupos de guerrilla que la constituían se llamaban el Movimiento por la Liberación de Palestina (conocida por sus siglas Fatah), el Frente Popular de Liberación de Palestina o el Frente Democrático de Liberación de Palestina. Los palestinos comprendían que su enfrentamiento era el mismo que con el colonialismo de implantación y con sus estructuras racistas, a las que estaban decididos a resistir y pretendían derrocar.

En 1993, la OLP se metamorfoseó en Autoridad Nacional Palestina, lo que ponía nombre al nuevo objetivo de los dirigentes palestinos, el de instituir una “autoridad nacional” en vez de liberar Palestina y a los palestinos del colonialismo de implantación, no figurando la propia palabra colonialismo en esta terminología. La nueva acepción del colonialismo de los judíos de Europa como “conflicto” palestino-israelí, que había que resolver gracias a una solución “pacífica” mediante la negociación tomó cuerpo

durante toda la ofensiva de “paz” que Israel llevó contra el pueblo palestino en 1991.

Veinte años de negociaciones de “paz” han supuesto más colonización, robos de tierras pertenecientes a los palestinos, más muertes de palestinos, más pobreza para los palestinos, más impedimentos a la circulación para los palestinos, más paro, resumiendo, más opresión en todos los ámbitos. Sin embargo, la AP sigue declarando sin ambages que reconoce el derecho de los judíos a colonizar Palestina y a implantar colonias en el territorio que los sionistas conquistaron en 1948, así como los derechos de esos mismos judíos en tanto que colonos en Cisjordania y Jerusalén Este que conquistaron en 1967.

Sin embargo, lo que pide la AP es que los israelíes no aumenten el número ya existente de colonos judíos en Cisjordania (no en Jerusalén Este) y que se instaure un estado de tipo bantustán para que la AP gobierne a los palestinos sin soberanía. Los israelíes están horrorizados por tales condiciones y siguen presionando a la AP para que declare abiertamente y sin ambigüedades que, cualesquiera que sean los compromisos que Israel contraiga con los dirigentes de la AP en el marco de un estado bantustán, las condiciones planteadas por Israel siguen siendo que los palestinos deben aceptar no sólo el derecho de los actuales colonos judíos a continuar con los asentamientos en toda Palestina, sino también sus derechos

futuros a colonizar más y más tierras. De no ser así los israelíes declaran que no habrá acuerdo de “paz”.

Naturalmente, mientras tanto Israel insiste en seguir haciendo la “paz” para convencer a los dirigentes de la AP de la importancia de su completa aceptación de sus programa de colonización total. Las negociaciones secretas que tienen lugar actualmente entre Israel y la AP contemplan la elaboración de un plan mediante el cual la AP e Israel encontrarían la fórmula adecuada para hacer que se de esa aceptación, de modo que la colonización judía de toda la tierra de los palestinos reciba finalmente el apoyo entusiasta de los propios palestinos. La guerra centenaria del sionismo contra el pueblo palestino se ganará finalmente bajo la bandera de la “paz”. El único problema es que, al contrario que los dirigentes de la AP, los palestinos no han perdido toda esperanza, y siguen creyendo que la colonización de su tierra no es irreversible, y que su resistencia terminará por acabar con ella, cualesquiera que sean los acuerdos establecidos por sus dirigentes colaboracionistas y a pesar de Israel que emprende la paz como una guerra.

Joseph Massad es Profesor Titular de Política e Historia de las Ideas Árabes Modernas en la Universidad de Columbia. Artículo publicado en Diálogo con la autorización de su autor.

Publicación original en inglés en la página www.aljazeera.com



A propósito del llamado “fracaso” de los acuerdos de Oslo

Por François Lazar

Para describir una situación o algún fenómeno cualquiera, es preciso partir de los hechos y de atenerse a ellos.. Recordemos para empezar el contenido de algunos artículos de los acuerdos de Oslo: “el objetivo de las negociaciones” estipulaba el texto firmado era llegar a una “acuerdo permanente fundado sobre las resoluciones 242 y 338 del Consejo de Seguridad de la ONU”.

Artículo 3:” Para los palestinos de Cisjordania y de la Banda de Gaza(..) se organizarán elecciones políticas generales libres y directas por parte del Consejo bajo supervisión de mutuo acuerdo y bajo observación internacional, en tanto que la policía palestina asegurará el orden público”.

Artículo 6 : » La autoridad será transferida a los palestinos en los siguientes dominios : educación y cultura, salud, asuntos sociales, impuestos directos y turismo” el anexo 2 del acuerdo precisaba: “La estructura, los poderes y las responsabilidades palestinas en estas regiones con comprenden : la seguridad exterior, las colonias de población, los israelíes, los asuntos exteriores y otras cuestiones acordadas mutuamente”.

Artículo 8: “El Consejo establecerá una potente fuerza de policía, mientras que Israel conservará la responsabilidad de la defensa contra las amenazas exteriores”. Las negociaciones de Oslo y la firma de los acuerdos son de la incumbencia de la dirección palestina residente en Túnez desde 1982, y que depende financieramente y ampliamente golpeada por los procesos en curso en los territorios de 1967, empezando por la Intifada y sus comités populares, que el ejército israelí a pesar de la brutalidad desplegada no ha conseguido aplastar.

Los acuerdos y las discusiones abiertas alrededor de la firma, definían el combate del pueblo palestino por sus derechos como

“terrorismo”, sin la menor evocación a la naturaleza de la opresión israelí.

Como se aprecia a través de algunos extractos citados mas arriba, el acuerdo entre la dirección de la OLP y el estado de Israel preveía el cambio del ejercito israeli por una fuerza policial palestina en las zonas de « alta densidad humana » y problemáticas, pero se mantiene las fuerzas de ocupación en el interior y alrededor de los asentamientos y el control de las carreteras. Veinte años después, presupuesto tras presupuesto, el punto de la seguridad ocupa siempre y con diferencia el primer puesto : La Autoridad palestina consagra en 2013 mas de un tercio de su presupuesto a la seguridad, contra el 10% a la sanidad y un 16% a la Educación. En comparación con los estados constituidos, esta relación la situa en uno de las primeras posiciones mundiales en términos de gasto en seguridad.

El acuerdo que establece un Consejo de la autonomía en el que las atribuciones deberían limitarse a la gestión corriente (educación, acometidas de agua, electricidad..). La creación del bantustán palestino de Cisjordania y Gaza va acompañado de una agravación constante de una parte de la colonización israeli, hasta 2005 en Gaza), y de otra parte al internamiento de los palestinos. Regularmente los bien pensantes llaman al estado de Israel a aliviar los sufrimientos del pueblo palestino, a parar la colonización israeli de Cisjordania. Represión y colonización ¿no son la consecuencia directa del contenido mismo de los acuerdos alcanzados y del pretendido « proceso de paz » ?

A la vista de estos elementos..¿se puede hablar de « fracaso de los acuerdos de Oslo », Estos últimos mantoene la referencia jurídica de todos los acuerdos , de todas las negociaciones emprendidas desde hace 20 años entre el opresor israeli y la dirección de la Autoridad palestina, la mayor parte del

tiempo bajo el patrocinio de la Unión europea y la ONU y sus principales dirigentes. La Autoridad palestina fue fundada-bajo el patrocinio de la ONU- como una estructura policial de control al servicio de la potencia ocupante. Desde este punto de vista, es erróneo hablar de un fracaso de Oslo como leemos a menudo. El acuerdo entre la dirección palestina y el estado israelí se ha aplicado escrupulosamente. Un sistema policial como este es el sello del miedo, de la dificultad para controlar a las masas palestinas, apoyadas en la defensa de su derecho al retorno. A pesar de la represión, a pesar de las provocaciones, a pesar de la inmensa corrupción de los mandos palestinos que dirigen el sistema corrupto de la Autoridad palestina, el pueblo palestino no ha cedido jamás a sus reivindicaciones. Es esta dimensión la que está al centro de toda la situación.

El acuerdo de Oslo- Washington ha dado un cuadro institucional a la opresión del pueblo palestino.

John Kerry, en nombre de la potencia americana y en el papel que continua de defender públicamente el eslogan « dos pueblos para dos Estados » en el que rechaza categóricamente toda perspectiva que abra la constitución de un solo y mismo Estado entre el Mediterráneo y el Jordán. Por tanto, es preciso constatar, existe un solo y mismo estado en esta región, un Estado fundado sobre la negación, sobre la segregación, sobre la fuerza. Una parte de la derecha israelí propone una anexión pura y simple de Cisjordania, dando a los residentes palestinos los derechos equivalentes a los de los palestinos que viven en los territorios de 1948 (esta proposición no incluye a Gaza y hace caer en el olvido de la historia el derecho al retorno, obviamente). Una parte más amplia de los dirigentes israelíes considera que la solución de los dos Estados es indispensable para asegurara la

supervivencia de Israel ; otros preconizan las expulsiones, y todos continúan soñando con una Palestina sin palestinos. ¿que hará imposible la presencia de poblaciones de orígenes diversos, en un solo y mismo estado, con los mismos derechos ? ¿ que es lo que se opone al hecho de que un palestino árabe tenga los mismos derechos que un israelí judío, si no las relaciones sociales impuestas por un régimen en quiebra ? ¿ que es lo que expresa sobre el terreno, en la carne de los individuos esta oposición, si no es la partición y esta separación étnica racista, justificada en bases religiosas ?

Cuando se aborda la cuestión de la igualdad de derechos, conviene ser precisos y darle un contenido social. En Africa del sur, la población negra, que constituye la inmensa mayoría, e beneficia hoy en día de los mismos derechos políticos que la minoría blanca. Tras varios decenios de apartheid, el derecho al voto, el derecho a desplazarse representan incontestablemente avances. Por tanto , tras la abolición oficial del apartheid con la firma de los acuerdos de Kempton Park, la población negra en su inmensa mayoría vive en una pobreza más afirmada hoy que hace 20 años.

Hoy el gobierno « negro » de Africa del Sur, surgido del ANC, utiliza las armas del apartheid para reprimir las manifestaciones, como hemos visto con la masacre de Marikana. ¿este es el modelo que se querría instalar en Palestina ? La igualdad de derechos, la igualdad política y social, implica acabar con las expropiaciones, el colonialismo y el racismo que son inherentes al sistema de corrupción y a los corruptos.

La puesta bajo tutela, o más bien el intento de poner bajo tutela a la población palestina de los territorios de 1967 bajo mandato e la ONU, ¿no pretende hacer retroceder, por todos los medios, la única solución democrática conforme a los derechos de los

pueblos, pero que no es conforme al plan de partición establecido por la ONU en 1947 ? Tantos crímenes, tantas injusticias, tantas mentiras han sido cometidas en nombre de esos millones de judíos exterminados por la barbarie nazi, y cuya aspiración profunda era poder vivir libres en sus respectivos países beneficiándose de los mismos derechos que el conjunto de la población.

Las poblaciones judías en Europa (y más

allá en todos los países árabes donde vivían desde hace generaciones) querían en su inmensa mayoría, en su gran diversidad, vivir libres en sus respectivos países con los mismos derechos, cumpliendo los mismos deberes, educando a sus hijos. ¿No es contra estas mismas aspiraciones sociales, portadas incansablemente por el pueblo palestino, que las grandes potencias buscan mantener por todos los medios la muralla de partición?



DIALOGO
 REVISTA DE DISCUSIÓN ENTRE MILITANTES
 ÁRABES Y JUDÍOS DE PALESTINA
 POR EL DERECHO AL RETORNO. POR UN SOLO ESTADO
 PUBLICADO TRIMESTRALMENTE EN ÁRABE, HEBREO, FRANCÉS, INGLÉS Y ESPAÑOL

**YO ME ABONO A LA REVISTA DIÁLOGO
 POR UN AÑO, 4 NÚMEROS, POR 17 EUROS
 A PARTIR DEL NÚMERO:**

NOMBRE APELLIDOS

DIRECCIÓN

CÓDIGO POSTAL CIUDAD PROVINCIA

DIALOGO

**REVISTA DE DISCUSIÓN ENTRE MILITANTES
ÁRABES Y JUDÍOS DE PALESTINA
POR EL DERECHO AL RETORNO, POR UN SOLO ESTADO
PUBLICADO TRIMESTRALMENTE EN ÁRABE, HEBREO, FRANCÉS, INGLÉS Y ESPAÑOL**

**www.dialogue-review.com
dialoguereview@yahoo.com**

Versión francesa: Dialogue, 87 rue du Faubourg-Saint-Denis, 75010 Paris (France)
Director de la publicación: Jean Pierre Barrois - Imprimerie Rotinfed 2000 - ISSN 1634 - 8826